



Fernando Vallejo

Hablar en nombre
propio

Luz Mary Giraldo
Néstor Salamanca-León
-EDITORES-



VALORACIÓN MÚLTIPLE
Autores colombianos

CONTENIDO

Presentación	11
--------------	----

Semblanzas

La voz de Fernando Vallejo: una desesperada vitalidad	17
<i>Fabián Sanabria</i>	

En los frágiles, coloridos y volátiles globos colombianos de Fernando Vallejo: una constante e intensa evocación	25
<i>Mario Rey</i>	

Aproximaciones al conjunto de la obra

La obra de Fernando Vallejo: entre el lenguaje literario, la exégesis crítica y el lenguaje de la procacidad	39
<i>Fabio Jurado Valencia</i>	

Las memorias insólitas de Fernando Vallejo	65
<i>María Mercedes Jaramillo</i>	

Piensa mal y acertarás. Las memorias del yo y su máximo artificio	89
<i>Luz Mary Giraldo</i>	

Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος: las mentiras del muerto	123
<i>Francisco Villena</i>	

Recorridos parciales

En los dominios de la ficción novelesca

La escritura somática de Fernando Vallejo	135
<i>Luis Alfonso Castellanos, S. J.</i>	

Pater familias paradiso expulsus	161
<i>Néstor Salamanca-León</i>	

En los frágiles, coloridos y volátiles globos colombianos de Fernando Vallejo: una constante e intensa evocación

Mario Rey

Nuestro célebre y controvertido Vallejo es un auténtico colombiano, investigador, filólogo y artista, y digo un artista porque además de ser un excelente escritor, es un ser humano con una sensibilidad estética exquisita, un verdadero y apasionado hombre del arte: notable pianista amateur, de sólida formación y cultura musical; cineasta sobresaliente y finísimo editor de singular vocación y cultura plástica.

De la calidad literaria de sus relatos; de la fuerza, expresividad y belleza poética de su prosa; del nivel de información e inteligencia de sus ensayos; de la riqueza de su vocabulario; del brillo, fluidez y ritmo de su eterno monólogo; de la variedad de sus formas sintácticas; de su capacidad para deambular con sutileza entre el pasado y el presente; de su autenticidad, sencillez, claridad y capacidad de asociación; de su intensidad e impacto emocional; de su poder evocativo y reflexión, dan justa cuenta las críticas, los estudios y los reconocimientos que su obra ha recibido en Colombia, México, Argentina, España y Francia, entre otros países; y, algo especialmente notable, el otorgamiento del Premio Rómulo Gallegos en la Venezuela de Hugo Chávez y el Premio FIL de Literatura en Lengua Romance en México.

En su niñez alternó los estudios escolares con una feliz y perdurable formación musical y una indeleble educación y práctica religiosa; las dos experiencias marcarían su vida y su obra. La religión y la Iglesia aparecen desde las primeras páginas de su primer libro, *Los días azules* —donde están presentes todos sus grandes temas y obsesiones—, y constituyen el tema central de uno de sus más célebres y discutidos trabajos de investigación: *La puta de Babilonia*, de incomparable rabia, erudición, fluidez y riqueza sintáctica y verbal, que se anuncian en la rítmica y magistral parrafada de cuartilla y media que da inicio al texto:

La puta, la gran puta, la grandísima puta, la santurróna, la inquisidora, la torturadora, la falsificadora, la asesina, la fea, la mala; la del santo Oficio y el índice de Libros Prohibidos; la de las Cruzadas y la noche de San Bartolomé; la que saqueó a Constantinopla y bañó de sangre a Jerusalén; la que exterminó a los albigenses y a los veinte mil habitantes de Beziers; la que arrasó con las

culturas indígenas de América; la que quemó a Segarelli en Parma, a Juan Hus en Constanza y a Giordano Bruno en Roma; la detractora de la ciencia, la enemiga de la verdad, la adulteradora de la Historia; la perseguidora de judíos, la encendedora de hogueras, la quemadora de herejes y brujas; la estafadora de viudas, la cazadora de herencias, la vendedora de indulgencias [...]; la concubina de Constantino, de Justiniano, de Carlomagno; la solapadora de Mussolini y de Hitler; la ramera de las rameras, la meretriz de las meretrices, la puta de Babilonia, la impune bimilenaria tiene cuentas pendientes conmigo desde mi infancia y aquí se las voy a cobrar. (2007, 5-6)

El narrador en primera persona de *Los días azules* —Vallejo detesta la tercera persona y el narrador omnisciente— recuerda con furia sus primeros años de formación religiosa:

Al año siguiente entraba a estudiar con unos esbirros tonsurados de Satanás en el colegio del Sufragio. ¡Más me valiera no haber nacido! Cambio cien vibriones coléricos por uno de ellos. Cambio cien años de purgatorio o infierno por los seis que pasé allí. Qué fieritas los padrecitos salesianos, y aún no les clausura el negocio la Secretaría de Educación. En el primer recreo, el padre Slovez de un bofetón le estalló el oído a un niño porque al sonar la campana no formó a tiempo. Cierro los ojos para imaginar el infierno, y veo un amplio patio en la vecindad de una iglesia de ladrillo, y en el patio diez fieras de sotana negra rondando a dos o trescientas ovejas que no pueden escapar: los cristianos del Coliseo en pleno foso de los leones. [...] Seis años, digo, de campo de concentración, pero sobreviví.

[...].

Al terror físico se sumaba el moral: terror por partida doble [...]. Al llegar a casa sobre la mesa del comedor abrí mis cuadernos, mojé la pluma en el tintero y en uno de ellos, formando la primera letra con mil adornos como iluminista de un códice medieval, con mi encabador escribí: "Dios es un cerdo y hoy me quiso atropellar". Salpiqué luego mis palabras con gotas de tinta hasta cubrirlas con un inmenso charco negro para que nadie las pudiera leer. (1999, 61-62 y 115)

Muchos de sus amigos e invitados hemos disfrutado una y otra vez sus conciertos de piano durante las recepciones que suelen ofrecer el célebre escenógrafo y director de arte David Antón y él, y sus vecinos gozan de las numerosas horas matinales que dedica con rigurosa disciplina al estudio y preparación de las piezas

que le interesan. La influencia de la música se percibe en el ritmo y la musicalidad de sus líneas, que en ocasiones alcanzan verdaderos vuelos poéticos:

Humilde labrador de los campos, siervo de la gleba, cortador de caña, desbrozador de montes, limpiador de maleza, el machete se levantó enfurecido porque le había llegado su hora. En el corazón del monte, en la ceguedad del odio, en el rugir del viento. Amo de los caminos. Dueño de la encrucijada: Violador de la Noche, deja oír tu timbre metálico que ya la noche enmudece. Deja ver tu brillo partiendo la luna. Machete de filo y sangre, machete de sangre y muerte. Alma Negra, Sangre Negra, Capitán Veneno, Cortador de Cabezas, Rey del Reino de Thánatos, Señor de Colombia, ¡álzate! ¡Levanta mi brazo que voy a matar! (1999, 73)

Y es muy factible que cualquier día nos sorprenda con algún trabajo de investigación o crítica musical, una biografía sobre alguno de sus compositores favoritos, una composición suya o un concierto público. Yo he tenido la fortuna de escucharlo alternar con los pianistas profesionales Teresita Gómez, Claudia Calderón, Edison Quintana y Alberto Cruz Prieto, y espero que un día Edison termine por convencerlo y debute en algún bello escenario. ¿Qué tocaría? No tengo la menor idea, pues su gusto cambia con facilidad, y el hombre de hoy no es el mismo de ayer. Es muy probable que Bach estuviera presente, seguido en algún momento por Schubert, Chopin y Satie. Es posible que en la segunda parte aparecieran Lecuona, Calvo, Mejía o Pedro Morales Pino; y, ¿por qué no?, algunos arreglos suyos a las canciones que interpretan Leo Marini y la Sonora Matancera, con cuya voz lo he visto conmovirse a punto del llanto.

Fascinado por el cine, Fernando Vallejo produce dos documentales: uno sobre Gaitán (*Un hombre y un pueblo*, 1968, desaparecido) y *Una vía hacia el desarrollo* (1969); después emprende el vuelo al Viejo Continente para aprender el arte y tomar distancia del entorno familiar. De Cinecittà, la meca del cine italiano, vuela a Nueva York, y allí aprende el oficio editorial; pero es en la Ciudad de México donde encuentra la posibilidad de filmar sus películas: *Crónica roja* (1977, Premio Ariel 1979, Mejor Ópera Prima y Ambientación), *En la tormenta* (1979, Premio Ariel 1981, Mejor Ambientación) y *Barrio de campeones* (1981), censuradas en Colombia y transmitidas una y otra vez por la televisión mexicana. Con las dos primeras se sumerge en la perenne danza macabra de la violencia colombiana en móviles y sangrientas imágenes cinematográficas que después tomarán forma narrativa verbal; en *Barrio de campeones*, de las mejores películas del género, se cuela con maestría en el box, una de las aficiones populares más arraigadas

colombiana sobre la que me precedió, dejándome, para que lo encontrara, un rastro insistente de luz al partir. 'Aserrín, aserrán, los maderos de San Juan...' (1995).

Recientemente, con la misma admiración, la misma empatía, la misma entrega y la misma pasión que le dedicara a Barba-Jacob y a José Asunción Silva, reconstruye minuciosamente la vida, los pasos y los principios de la obra de Rufino José Cuervo, filólogo autodidacta al que canoniza en *El cuervo blanco*, en cuyas páginas podemos apreciar la originalidad de su método de investigación, sus estrategias narrativas, su agudo sentido crítico e ironía, su pasión por la lengua y su vocación de filólogo:

Bajé en la estación del Père-Lachaise, caminé unas calles y entré en la ciudad de los muertos: tumbas y tumbas y tumbas de muertos [...]. Y lápidas y lápidas y lápidas, con epitafios infatuados, necios, presumiendo de lo que fueron los que ya no lo son: un administrador de la Compañía de Gas en Saint-Germain-en-Laye; un crítico dramático y musical del Journal de Rouen; el sargento Hoff de una tumba adornada con la estatua de un soldadito de quepis, fusil en una mano y con la otra saludando al cielo. Y músicos y poetas y oradores y políticos y novelistas y generales y mariscales [...].

[...].

Era una pobre tumba cubierta de musgo. Con la punta del paraguas me di a rasparlo y fue apareciendo una cruz trazada sobre el cemento, y bajo su brazo horizontal, al lado izquierdo: "Ángel... Cuervo... né... Bogotá". ¿El qué? El 7 tal vez, no se alcanzaba a leer [...]. Faltaba el año, lo había borrado el tiempo. Pero yo lo sé: 1896, el mismo año en que se mató Silva [...]. Y nada más, sin epitafio ni palabrería vana [...]. Seguí raspando. Entonces, a la derecha, bajo el brazo vertical de la cruz, fuiste apareciendo tú: "Rufino... José... Cuervo [...]".

[...].

Por la época de la gramática latina que escribió con Miguel Antonio Caro, Cuervo empezó sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, un libro que Colombia amó y que decidió mi vida [...].

[...].

Y los católicos reyes después de echar a los judíos siguieron con los moriscos para quitarles sus acequias, sus naranjales, sus azahares, sus limoneros, sus abalorios y las palabras que los designaban: [...] Acequia: as-saquiya, la zanja o reguera. Adoquín: ad-dukkán, la piedra escuadrada. Adalid: ad-dalil: el guía o caudillo. Azahar: al-azhar, la flor del naranjo. Naranja: naaranya [...]. (2012, 9-11, 47 y 54)

Si Vallejo resucitara o reencarnara podría escribir su autobiografía con la santísima trinidad conformada por sus tres libros biográficos y *El río del tiempo* completo, la primera y la segunda parte, que aún no termina de escribir.

Su inteligencia y curiosidad, su carácter iconoclasta, sus obsesiones, su dominio de la lengua española, sus conocimientos de latín, inglés, francés, entre varias lenguas, así como sus estudios y experiencias lo conducen a una intensa labor de investigación entre una novela y otra: bibliotecas, librerías, encargos por internet, varios años de rigurosa lectura, subrayados, toma y organización de notas que generan tres extensos y discutidos ensayos: contra Darwin, *La tautología darwinista* (1998); contra muchos de los físicos más reconocidos, *Manualito de imposturología física* (2005), y contra la Iglesia católica, *La puta de Babilonia* (2007). Además, varias conferencias magistrales, ensayos y reflexiones que también merecen salir a la luz pública como libro. Es inolvidable, por ejemplo, su bello e iluminador escrito sobre el diálogo en *El Quijote*.

La curiosidad, la persistencia y la capacidad de trabajo son inagotables en Vallejo, y se retroalimentan sin límite, como puede apreciarse en ese ir y venir que es su verbal río del tiempo y de la vida, y por eso se puede esperar cualquier sorpresa de su pluma:

Para empezar, quiero saber el chino antiguo, el de la dinastía Ming, que destronaron los manchúes. Quiero saber la lengua de Islandia en que anónimos poetas escribieron los "Eddas". Las rutas de tierra del cazador prehistórico y las rutas del mar de Odiseo. El ciclo de la glucosa, los orbitales del átomo, el funcionamiento del magnetrón. Las amantes de don Juan y los amantes de Verlaine. Y no sólo me obsesiona el pasado: me obsesiona el futuro, me obsesiona el condicional. ¿Dónde estaremos en el año tres mil? ¿Y qué habrá podido pensar Cervantes de los hermanos Karamazov desde su limitado horizonte español? ¿Y de Cervantes, qué habrá podido pensar Omar Khayyam? Quiero conocer las mil hazañas del pueblo de navegantes al que cantó Camoens, y las insulsas mentiras inventadas por los cronistas de indias. Quiero hablar las lenguas uralaltaicas, y leer en su original japonés los Ghenji Monogatari De Shikibu sin que se me escape el menor matiz [...]. (1999, 129-130)

Al terminar su primer ciclo de novelas autobiográficas, como al poner punto final en cada una de sus obras, ha dicho que ya no tiene nada que contar; sin embargo, poco después se siente de nuevo ante su computadora recordando, maquinando, inventando, risueño, su nueva travesura. Así han surgido *La Virgen de los sicarios* (1994), *El desbarrancadero* (2001, Premio Rómulo Gallegos 2003),

La Rambla paralela (2002), *Mi hermano el alcalde* (2004), *El don de la vida* (2010) y *El cuervo blanco* (2012).

Asombra su capacidad de evocación y reflexión, así como la extensión y riqueza de su narrativa autobiográfica, sobre todo si se tiene en cuenta que lleva varios años prácticamente encerrado en su departamento de la circular avenida Ámsterdam de la colonia Hipódromo Condesa. ¿Qué estará escribiendo ahora? Quién sabe, seguro está tramando una nueva novela o investigando para un nuevo ensayo o una nueva biografía. Vallejo es uno de esos escritores que nunca pondrán el punto final: necesita escribir, inventar, reflexionar, estudiar, provocar, y goza haciéndolo: ese es su sentido de vida.

Pero no todo es placer, provocación y juego en Vallejo. Sus obras están escritas con rabia y dolor. En *La Virgen de los sicarios* se percibe el intenso duelo provocado por la muerte de su amiga Bruja, su hermosa e inteligente perra negra; en *El desbarrancadero*, la muerte de su hermano. En toda su obra está presente la muerte: la de los abuelos, la del padre, la de Capitán, la de Diablo, la de los amigos, la de los ríos, la de los globos decembrinos, la del tiempo pasado, y con la de todos ellos la suya, pues sabe muy bien que uno muere con cada uno de sus muertos, y lo afirma con plena conciencia del relativo paso del tiempo y del escaso poder de resurrección de la evocación.

Sin embargo, no solo existen en Vallejo la ira, el dolor, el juego, la provocación, la erudición y el dominio narrativo y lingüístico, como parcialmente le gusta a la crítica leer y crear: en él y en su obra están presentes el amor y la ternura; detrás de sus iracundas y provocadoras frases está un hombre de una gran ternura. Algunos se indignan al leer literalmente esas frases terribles y monstruosas sobre Colombia, los niños y las madres, pero yo lo he visto arrullar al pequeño de Olivia, su empleada, y hablarle y sonreírle, y preguntar con auténtico interés por el valor de los departamentos, pensando en ayudarlo a comprar uno. Brillan el amor y la ternura, por ejemplo, en páginas de *Los días azules* que hacen recordar a *Dafnis y Cloe* y a la novela pastoril:

El amor, avispa de insidioso veneno, volvió a enterrarme su punzón. Era una chiquilla de bucles de oro que tenía un gato negro que se llamaba Chopin. Por los días en que preparábamos el concierto de fin de curso la conocí: tocando en el Steinweay de Bellas Artes la perversa sonata 'Tempestad' [...]. Llegó el concierto y salimos a vacaciones, pero mi pobre amor seguía igual, en el aire. Había dejado pasar los días y los días, las tardes y las tardes con sus ensayos, y a la muchachita de los bucles de oro nunca me le declaré. Mis ojos tontos le decían simplemente lo que se callaban mis palabras. Y ella no sabía qué pensar.

Declarársele a la novia es asunto tan arduo para un chiquillo como confesarle al cura un pecado contra el sexto mandamiento un inexperto pecador. No lo sabe hacer. Desconoce las técnicas envolventes del rodeo [...]. A su casa, en el barrio de Belén, fui una noche a visitarla. Me hizo pasar, me presentó su gato, me mostró su piano y me regaló una foto suya. Luego se fue de vacaciones a una finca, sin anunciármelo [...]. Una opaca mañana de diciembre hasta allí fui a buscarla. Bajé del camión en la plaza, y caminé un par de kilómetros por una carretera desierta [...] en el corredor delantero estaba mi chiquilla, acompañada de la importuna presencia de dos amigas. Lo mucho que tenía que decirle al punto se trocó en nada [...] si mi tímido amor hubiera encontrado las palabras... Si no hubieran estado esa mañana las muchachas... Quedó mi amor circunscrito a la foto de una chiquilla que se fue decolorando, marchitando, como una flor dejada en la tumba de Chopin, y a los once compases adoloridos de una sonata. Una remota mañana de diciembre, y en un corredor campesino unas muchachas... Leyendo hoy el pasado con la fluidez del libro que está escrito, advierto que sólo esa mañana, en el corredor de esa finca de esa carretera pudo haberse cambiado mi rumbo. En una encrucijada polvosa [...] con el estorbo fardo de mi amor a cuestas camino de regreso a casa... (1999, 145-146)

Asimismo, experimenta un auténtico e intenso amor por los animales, un viejo amor muy anterior a la moda exhibicionista hollywoodense; por eso se entristece hasta la depresión cuando algo le pasa a sus perros, por eso los cuida y les habla y los saca a pasear y los baña y les lava los dientes cada día, por eso lo piensa dos veces antes de dejarlos solos, y por eso, cuando uno los ve sentados ante la mesa parecen un ser humano, y por eso dedicó tiempo y dinero a descubrir una vacuna anticonceptiva, y por eso dona sus premios en beneficio de los animales, y por eso apoya a su hermano con la clínica canina en Medellín.

Y también ama a su compañero. Pocas veces he visto una pareja más seria, más estable, más solidaria y más respetuosa que la conformada por Fernando Vallejo y David Antón, sin ningún tipo de declaraciones, ostentación o exhibicionismo, desde hace ya varias décadas, cuando sus miradas se reconocieron en una calle del centro histórico de la región más transparente del aire, el día de su aterrizaje en Nueva York.

De igual forma, habitan en Fernando Vallejo un ser de enorme solidaridad y un gran amigo, actitudes que se notan en sus escritos, aunque sus detractores se nieguen a verlas. Yo lo conocí cuando andaba con mi locura de hacer una revista que contribuyera a la difusión de nuestra cultura y al diálogo latinoamericano. Coincidió en la locura aquella que dio origen a *La Casa Grande* —LOG— y a la

Semana Cultural de Colombia en México con Linda Berg, una hermosa, rica y generosa mujer que había sido agregada cultural —de las poquísimas personas que merecen ese título en nuestra diplomacia—, y ella quiso que discutiéramos con él el proyecto. Con sabiduría y gran solidaridad con su amiga, nos explicó con crudeza que una revista así estaba destinada al fracaso y sería tiempo y plata perdidos.

Años después, en mi porfía, cuando hice realidad los dos proyectos, encontré en Vallejo a uno de mis pocos y verdaderos cómplices: no solo compró una de las escasas suscripciones de apoyo que logré vender, dedicó mañanas enteras a corregir conmigo —mejor: a enseñarme los principios del diseño editorial y la detección y corrección de los errores— cada uno de los 22 números de LCG; con rigor examinaba las portadas, los títulos y subtítulos, las cajas, los estilos, tipos y tamaños de letra, la interlínea, las citas, las imágenes... De los contenidos de los textos prefería no decir nada, respetuoso, pues, estoy seguro, muchos de ellos no eran de su agrado; cada vez que conocía o invitaba a alguien que podía ayudarme en la revista o la Semana Cultural, me convidaba a su departamento y nos relacionaba con gusto; y en numerosas ocasiones ofreció una recepción para los participantes, quienes se quedaban encantados con el anfitrión y el maestro.

El múltiple y renacentista Fernando Vallejo también tiene sentido del humor y capacidad de burlarse de todo, y de él mismo:

Mirando desde aquí las cosas, sin apasionamientos, con objetividad, como soy yo, era el abuelo el que andaba mal, no su servidor [...] me metió a estudiar al Instituto de Bellas Artes, para tener en casa, a falta de papa, un pianista. El talento que me dio Dios es mediocre. Oído absoluto, eso sí, pero negado para la modulación y el acompañamiento. Imbuido por los pasillos y bambucos de mi tierra, me costaba un trabajo inmenso aceptar que se podía pasar de do mayor a la menor. Yo estaba bien para los tiempos de Monteverdi, no para después. La vida me ha castigado con un siglo de jazz y estrépito de rock, que me revientan el hígado y la cabeza. (1999, 93 y 109)

Vallejo hace escarnio de la Iglesia, de los curas, del psicoanálisis, de los médicos, de los científicos, de los políticos, de los ladrones comunes y corrientes, de sí, y se desnuda sin vergüenza, poniendo al descubierto como nadie sus obsesiones, sus radicalismos, sus contradicciones, sus incongruencias, sus agradecimientos y reclamos, sus faltas y bondades, sus gustos y disgustos, sin preocuparse por las normas o los límites entre lo real y la ficción, sin que le tiemblen las manos o la voz:

De día, parado en la ventana mágica, empezaba mi show travesti. He aquí una descripción sucinta del personaje, subiendo de pies a cabeza: zapatos rojos

de tacón alto en punta, medias caladas, falda rojo encendido, cinturón rojo, cartera roja, guantes rojos, collar rojo de perlas, sombrero de velo rojo. "¿Cómo es eso de collar rojo de perlas? Las perlas no son rojas". "Ay doctor, así las recuerdo". "Haga memoria, recuerde bien el color, que es importante". "Rojo". "¿Rojo suave?". "No, rojo fuerte". "Pero, ¿cómo es que su mamá tenía ropa de color rojo?". "¡Qué sé yo! A lo mejor entonces así se usaba". O a lo mejor no era rojo sino violeta, pero en mi recuerdo no hay medias tintas: rojo fuerte. "¿Y qué edad tenía usted?". "Dos o tres años, doctor". Porque apenas sí sabía hablar. En un idioma que se diría chino, japonés o ruso, pero que resultó español castizo, iba mañana, tarde y noche tras de mamá insistiendo, hasta que por fin entendió: le pedía que me prestara los zapatos, los guantes, el sombrero... "¿Y se los prestó?". "Sí doctor". Al siquiatra, como al confesor, hay que decírselo todo. Y vestido, digo, con la ropa de mamá, corría a la ventana mágica. [...]. Cierro los ojos y vuelvo, con la imaginación del recuerdo, a esa calle de Ricaurte, a mezclarme con los transeúntes de la hora, a mirar el niño vestido de rojo en su ventana. Y se esboza una tenue sonrisa en mi memoria por lo que el niño hace: se levanta la falda roja y orina despreocupado por entre las rejas de la ventana. Ya no existe la calle de Ricaurte, ya no existe la casa, ya no existe la reja, ya no existe la ventana. Como a todo en Medellín, se lo llevó el ensanche. Que se lleve el ensanche mi recuerdo. (1999, 31-32)

¿Un colombiano auténtico, digo? Sí, sin la menor duda, aunque ser o no ser colombiano no tiene gracia o importancia alguna... Se es colombiano como se es francés o romano o moscovita o polinesio o patagónico o pekinés o de Tombuctú. Lo que destaco es que toda la obra de Vallejo está construida y gira alrededor de Colombia: sus paisajes, sus costumbres, su historia, su lengua, su música, sus gentes, sus poetas, sus locuras, sus dones, sus amores y sus odios, su generosidad y sus mezquindades. Lo que subrayo es que en su magnífica prosa se desnuda, desnuda a Colombia y nos desnuda a todos, y despierta en sus lectores admiración y desprecio, identificación y rechazo, odio y amor, ira y ternura, paz y violencia, extremos en los que nos movemos con tanta facilidad, intensidad y rapidez...

Como José Asunción Silva, Jorge Isaacs, Porfirio Barba-Jacob, León de Greiff, García Márquez, Álvaro Mutis, William Ospina o Juan Manuel Roca, entre tantos otros, Fernando Vallejo es uno de esos colombianos cuyo trabajo con el lenguaje nos permite dialogar con nosotros mismos y con el mundo, y a este saber que Colombia es más que violencia, desigualdad y corrupción. Vallejo es un auténtico colombiano, aunque diga renunciar a su nacionalidad. Tan colombiano como el que

nunca ha tenido la oportunidad de preguntarse si lo es o no, tan colombiano como nuestra indiferencia o responsabilidad ante los males que nos aquejan, a pesar de muchas de sus declaraciones sobre Colombia y los colombianos y, precisamente, por ellas: "Mala patria [...] no quiero volver a saber de ella", "En Colombia, por si usted va, sobran ladrones. ¡Con tanta ley y tanto desocupado! [...]. Todo en Colombia se lo roban":

Mi raza antioqueña, mezcla de blanco con negro, con indio, con tarado, con loco, es como el sancocho que lleva: papa, yuca, plátano, maíz, arracacha, hueso, carne, infame mezclanza de sangres mal batidas en agua caliente con sal. Carecemos de todo talento pictórico, auditivo, culinario, verbal. De la expresividad de lenguaje que nos legó el Siglo de Oro, el que nos conquistó, no nos queda ni la sombra. Paso a paso hemos ido avanzando hacia la absoluta mudez. Nos entendemos a insultos, como mi loro Fausto, y nada más [...]. A este país mío de ladrones [...] Pero, ¡ay!, es tal este país mío que ni a los atracadores los deja progresar [...] Colombia entera se ha paralizado. Años lleva de mal genio, con el mal de Parkinson... (1999, 110)

Vallejo ama intensamente a Colombia, aunque a veces pelee con ella y su gente por despecho e impotencia, pues le duele lo que vivimos durante todo el siglo XIX, el XX y lo que va de este... Le duelen los paisajes, los animales, las plantas, los amigos y ciertas costumbres que se han ido a lo más profundo del Hades, sin remedio:

Por en medio de la calle de Ricaurte pasaba un arroyo, manso, terso, cristalino, la quebrada Santa Elena. En Antioquia, donde todo lo trastruecan y ponen de cabeza [...]. La quebrada Santa Elena, pues, dulce, tintineante, cristalina, bajaba apacible con su música de lo alto de la montaña, del cerro Pan de Azúcar, en triángulo impecable [...]. En su oscuro reducto, en su eterna noche subterránea, la Santa Elena se fue secando, secando como todos los ríos de Colombia por la tala de los árboles. Ya ni quien sepa quién fue la Santa Elena, alias La Loca, que hacía temblar la tierra. Si usted pregunta hoy por ella, nadie sabrá de qué está hablando. Seca de sus limpias aguas, la ciudad desalmada la había convertido en un ignorado cauce de desagües, en alcantarilla municipal. (27 y 29)

¡Pocas páginas como las de Fernando Vallejo con sus intensos cantos de amor a sus perros, a sus aves, a sus ríos, a sus montañas, a sus cascadas, a sus árboles, a sus palmeras, a sus familiares, a sus amigos, a sus poetas, a sus filólogos, a sus costumbres, a sus pesebres y a sus frágiles, coloridos y volátiles globos colombianos!

Bibliografía

- Vallejo, Fernando. 1975. "El reino misterioso". En *México, sus raíces y su folklore*, vv. AA. México: Instituto Mexicano del Seguro Social.
- . 1983. *Logoi. Una gramática del lenguaje literario*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . 1994. *La Virgen de los sicarios*. Colombia: Alfaguara.
- . 1995. *Chapolas negras*. Colombia: Alfaguara.
- . 1998. *La tautología darwinista y otros ensayos de biología*. México: UNAM.
- . 1999. *El río del tiempo*. Colombia: Alfaguara.
- . 2001. *El desbarrancadero*. México: Alfaguara.
- . 2002. *La Rambla paralela*. Colombia: Alfaguara.
- . 2004. *Mi hermano el alcalde*. Colombia: Alfaguara.
- . 2007. *La puta de Babilona*. México: Planeta.
- . 2010. *El don de la vida*. Colombia: Alfaguara.
- . 2012. *El cuervo blanco*. México: Alfaguara.

Mario Rey. Licenciado en Ciencias de la Educación, "Egresado Ilustre", Universidad Santiago de Cali (2008); magíster en Letras en la UNAM con Mención Honorífica; "Una navegación entre Álvaro Mutis y Maqroll El Gaviero", es su tesis de doctorado en la UNAM. Profesor investigador de la UACM y la UNAM. Fundador y director de la Semana Cultural de Colombia en México y de la revista *La Casa Grande* (22 números). Autor de la novela *Por las tierras del cóndor y del águila negra* (2005); *Miniaturas y otros poemas* (2005); *Historia y muestra de la literatura infantil mexicana* (2000), que recibió la Mención Honorífica en la categoría Obra de Divulgación del Premio Antonio García Cubas al Mejor Libro de Antropología e Historia, CONACULTA-INAH y Premio CANIEM al Arte Editorial en la categoría Ensayo Literario y Lingüístico; *Un solo Rayo no hace daño* (1999); *Plácido Domingo & Pepita Embil* (1998), en colaboración con Mini Caire y Pepita Serrano; *Manual de actividades sugeridas* (1996); *El zoológico ilógico* (1996) y numerosos artículos y ensayos publicados en México, Estados Unidos y Colombia.

Néstor Salamanca-León. Realizó sus primeros estudios literarios en Bogotá antes de viajar a Francia para especializarse en Literatura Francesa y Comparada. Su tesis de doctorado en la Universidad de Toulon hace un análisis comparado sobre la influencia mítica del mundo mesoamericano en la obra de dos premios Nobel: el guatemalteco Miguel Ángel Asturias y el francés Jean-Marie Gustave Le Clézio. Profesor de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Toulon y desde el 2002 en la Universidad de Córcega. Ha publicado diferentes artículos en revistas francesas y americanas sobre varios escritores latinoamericanos como Miguel Ángel Asturias, César Vallejo, Alejo Carpentier o Ernesto Cardenal. También ha participado en diversos coloquios internacionales, en los cuales ha abordado la obra de escritores colombianos como José Eustasio Rivera, Gabriel García Márquez, Óscar Collazos y Fernando Vallejo. Es autor de todas las entradas sobre literatura colombiana del primer diccionario en francés de autores hispanicos publicado en París por la editorial Robert Laffont en el 2009. Sus trabajos más recientes se han centrado en la obra de Fernando Vallejo.

Fabián Sanabria. Antropólogo y doctor en Sociología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia y director general del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). Ha concentrando sus investigaciones y publicaciones en el campo de la Antropología y Sociología de las Creencias. En octubre del 2002 fue invitado por el Departamento de Estado Norteamericano en el Programa de "Política exterior y procesos de toma de decisiones", y durante el invierno de